

SANDINISMO Y REVOLUCION.

POSIBILIDADES DE UNA EXPERIENCIA PLURALISTA DE IZQUIERDA EN LA REVOLUCION *

MARVIN ORTEGA

Economista nicaragüense. Investigador del Centro de Investigación y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA)

INTRODUCCION

La revolución sandinista y su modelo pluralista de izquierda constituye un acontecimiento democrático relevante en la historia de las revoluciones en tránsito al socialismo. Y tiene ese carácter porque se enfrenta, como alternativa, al modelo pluri-clasista de la democracia burguesa, y a la experiencia monopartidista existente en algunos países socialistas.

Entendemos el término **pluralismo de izquierda** como un fenómeno que se está realizando en dos vías: por un lado la existencia de un partido revolucionario hegemónico, que cuenta en sus filas con todas las corrientes del pensamiento progresista (sin perder su tono partidario y sin que reproduzcan en su interior fracciones con vida propia), desde los cristianos y teólogos de la liberación, hasta marxistas, pasando por todas sus tendencias: marxistas sin apellido, trotskistas, leninistas, stalinistas y socialdemócratas radicales.

Y en otra vía, la convivencia dentro de un mismo proceso de diversos partidos de izquierda, que compiten por ganarse a las mismas clases (obreros y campesinos), que aspiran al socialismo y se definen en alguna de las corrientes del marxismo.

importante de la democracia pluralista. La existencia de ellos está ligada más a los límites del modelo que a su propia perspectiva de futuro, de ahí el énfasis en caracterizar el modelo como pluralista de izquierda.

Pero además, el fenómeno del pluralismo no lo entendemos sólo como la expresión de una voluntad partidaria sandinista, que planificó un modelo inédito de democracia a la izquierda, ni se trata de un planteamiento nacido en los otros partidos de izquierda. Tampoco es un condicionamiento de origen externo, producto de presiones internacionales. Al contrario, del exterior las tendencias han tendido a favorecer la existencia de los partidos de la derecha y no a los de izquierda.

En ese sentido se trata más bien de un proceso que se ha comenzado a construir impuesto por el desarrollo de la revolución, como un fenómeno interno en el que se expresan las tradiciones anti-dictatoriales del pueblo creadas a lo largo de más de cuarenta y cinco años de dictadura somocista. Pero también no es un fenómeno aisla-

El hecho de que al mismo tiempo existan partidos de derecha no nos parece el indicador más

*Ponencia presentada al V Congreso Nicaragüense de Ciencias Sociales "X Aniversario de ANICS", Asociación Nicaragüense de Científicos Sociales. Managua, 9 al 12 de octubre de 1986.

do, ya que tiene una proyección internacional y se alimenta al mismo tiempo de experiencias pluralistas externas, y en este sentido pensamos, cuando menos, en la experiencia chilena de la Unidad Popular y la salvadoreña del FMLN—FDR.

Como elementos en favor del pluralismo, además del sentimiento anti—dictatorial del pueblo, se pueden detectar por lo menos tres fuentes plurales al interior del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), y perfiles de identidad propia en todos los partidos de izquierda que apuntan en favor del sostenimiento de un modelo pluri—partidario de izquierda.

Las fuentes pluralistas al interior del FSLN serían:

a) En el FSLN coincidieron antes del triunfo, como militantes sandinistas, revolucionarios de origen marxista y cristianos. Una militancia con estas características generó relaciones internas de convivencia plurales, obligadas a superar las diferencias para presentar una sola posición frente al enemigo común, el imperialismo norteamericano.

b) Posteriormente el FSLN se dividió en tendencias, que expresaban diferencias políticas frente a las clases, a los métodos de lucha, y a las tareas que la revolución triunfante debería realizar. Al superarse estas diferencias en el terreno del enfrentamiento militar contra la dictadura y reunificarse las tres tendencias en 1979, se reconcentraron en el mismo partido experiencias partidarias que habían incursionado por diferentes derroteros de la práctica política, y que durante varios años habían mantenido relaciones entre ellas sumamente tensas. Recomponer el partido en estas condiciones introdujo la necesidad de priorizar los factores unitarios, es decir el programa de futuro, frente a las diferencias conceptuales y prácticas.

c) Finalmente, al triunfo de la revolución el FSLN abrió sus puertas a millares de revolucionarios, nutriéndose como partido de revolucionarios sin experiencia política partidaria, de cuadros marxistas de todas las tendencias y de ex—militantes de partidos de la derecha o el centro.

Entre los hechos (que no son excluyentes) de los partidos de la izquierda que avalaban su existencia tenemos:

a) Todos los partidos de izquierda vivieron experiencias independientes en la lucha contra la dictadura, diseñándose su propia personalidad al margen de las coincidencias que pudieran tener.

b) Los partidos de izquierda fueron consecuentes con sus propios programas en la lucha contra la dictadura, enfrentándose al aparato militar somocista en todos los terrenos. El FSLN abanderó el combate popular político y militar, otros partidos crearon sus propias estructuras militares, además de las políticas, o bien se plegaron a las columnas sandinistas en la insurrección. La consecuencia con sus propias concepciones les ganó a todos un espacio propio en la revolución, más ancho o menos, dependiendo de su consecuencia con las formas de lucha principal que demandó el pueblo para derrocar a la dictadura.

c) Además, los partidos desarrollaron una larga trayectoria de lucha sindical y reivindicativa, que les permitió crearse una base estable de apoyo popular con la que hoy se proyectan como partidos dentro de la revolución.

Los Partidos Políticos y su Espacio en el Modelo Pluralista.

En Nicaragua existen cinco (1) partidos de izquierda compitiendo por el poder. Esta competencia se realiza en una revolución que lucha por sostener un modelo democrático y pluralista en tránsito al socialismo, tránsito que pretende sostener el pluralismo como la expresión democrática más acabada del modelo.

Cuando nos referimos a las pretensiones de sostener el pluralismo como expresión del modelo democrático, nos referimos a un esfuerzo que tiene su principal eje en las tradiciones pluralistas y anti—dictatoriales del pueblo, y en sus partidos, los partidos de la izquierda. Es decir, no es una virtud especial de algún partido, aunque, no se debe olvidar que entre los cinco existen diferentes opiniones sobre el pluralismo y su futuro.

Por partidos de izquierda entendemos aquellos que reivindican el socialismo, que consideran la alianza obrero—campesina la base de la revolución, y que pueden ser clasificados en una u otra de las corrientes en que está dividido hoy el movimiento marxista a nivel mundial (por lo

menos). Si llevan o no el nombre de comunista nos parece secundario, e incluso si hacen o no énfasis en definirse como marxista-leninistas.

Como izquierda identificamos a los que no participan en la defensa de la propiedad capitalista, y todo lo que esto implica: libertad burguesa de expresión (es decir la libertad del propietario del medio de comunicación), o la exclusividad del sistema eleccionario presidencial-parlamentario como el único mecanismo de representación que deba tener carácter institucional. Como izquierda aspiran a la creación de órganos de poder popular, surgidos, impuestos y cambiados cuando necesario por las masas.

No significa lo anterior que los partidos de izquierda, por lo menos coyunturalmente, estén en contra de cualquier tipo de propiedad capitalista ni de todas las tradiciones de la democracia occidental. Por el contrario, ninguno rechaza totalmente el juego electoral en las tradiciones occidentales, y algunos de ellos aceptan una larga convivencia con formas de propiedad capitalista y sus organizaciones (siempre y cuando acepten las reglas del juego impuesta por la revolución), o se inclinan por el fortalecimiento de la propiedad campesina individual, que como señalan los clásicos del marxismo, constituye un germen de la propiedad capitalista.

Pero todos ellos se reclaman clasistas, en el sentido de sentar sus bases en la clase obrera (la fuerza fundamental) y en el campesinado (la fuerza principal de la revolución). La clase de los capitalistas no hace parte de su base política. En otras palabras estos cinco partidos compiten por la dirección de las mismas clases, y señalan como su objetivo estratégico el mismo: la construcción del socialismo.

Esta coincidencia de intereses (programas estratégicos y clases sociales) constituye el verdadero desafío pluralista de la revolución. Desde el punto de vista de la convivencia política resulta relativamente fácil enfrentarse con un enemigo de clase, pero resulta sumamente complejo competir con quien nos disputa el mismo terreno con el mismo mensaje. Por lo menos eso ha estado presente en la historia de la revolución socialista mundial, y ha surgido en la experien-

cia que vive la revolución sandinista.

Además de estos partidos actúan en el escenario político nacional por lo menos siete partidos de la derecha o el centro (2), y algunas divisiones de estos partidos que militan como fracciones independientes a sus propias matrices políticas. Con diversas tonalidades, todos estos partidos recurren a la acusación de totalitarismo al referirse al modelo de la revolución, apostando con ella a su liquidación.

Sobre estos últimos aceptamos la tesis de que su extinción estará determinada por la liquidación económica de sus bases. En general estos partidos asientan su existencia en la defensa de la propiedad capitalista, y entre ellos (capitalistas o aspirantes a serlo) reclutan la mayoría de su militancia. En la medida que avance el proceso de transformación de la propiedad estos partidos se debilitarán hasta desaparecer, sin que tenga que mediar la violencia del poder.



Acto de recibimiento a Arturo Cruz antes de las elecciones. Managua, noviembre 1984.

Foto: Daniel Caselli.

Que acontezca esto en algún momento no significa un golpe a la democracia, ya que si la clase a la que representan se extingue, también el sentido de su existencia organizada desaparece. En ese sentido, por mucho espacio que se les brinde o que se hayan ganado de hecho, ellos no representan el desafío pluralista de la revolución.

Pero no sólo entre los capitalistas reclutan militancia estos partidos, ya que en sus filas se encuentran también profesionales, artesanos, campesinos y obreros. Lo importante a destacar es que estos sectores populares, especialmente los obreros y campesinos, no constituyen en estos partidos su base natural, ni por vocación política ni por estrategia de desarrollo partidario. Sin embargo, la naturaleza de esta militancia va a influenciar para que el proceso de extinción de estos partidos sea relativamente prolongado.

Nosotros creemos que dos elementos son importantes en esta consideración: uno de ellos es el atraso generalizado de las fuerzas productivas en que se desarrolla la revolución, atraso que tiende un cerco reaccionario a la conciencia popular. En este cerco el papel fundamental lo juega la tradición conservadora religiosa. Esta tradición es especialmente temerosa ante el devenir, porque su diseño del futuro no se puede aún apreciar con claridad, o simplemente porque le rompe los patrones de poder sobre los que se construyó; el otro elemento que consideramos importante es el desarrollo de una fuerte conciencia nacional anti-imperialista, anidada en los sectores populares de estos partidos que mencionábamos anteriormente. Tal tipo de conciencia, también vinculada a la existencia de estos partidos, actuará sin dudas como condicionante de una prolongada existencia política del pensamiento reaccionario organizado.

Pluralismo y Clases Sociales

Antes de entrar a la experiencia particular del pluralismo en la revolución sandinista, quisiéramos detenernos, aunque sea rápidamente en algunas reflexiones sobre el origen y la naturaleza del pluralismo en la sociedad moderna.

El pluralismo político es, (ha sido siempre), la expresión de la incapacidad de una clase (o del

partido de una clase) de imponer su poder omnímodo en la organización y conducción del Estado a las demás clases y/o sus partidos políticos.

De ahí que el pluralismo policlasista no sea una condición natural de la organización social, sino una imposición del desarrollo que han alcanzado las contradicciones de clase en la sociedad.

En los países europeos el tránsito del poder monárquico absolutista a las formas republicano/democráticas de organización del Estado, no conllevó al reparto del poder entre las clases que se enfrentaron al feudalismo y lo derrocaron. La nueva sociedad burguesa que se erigía entre las ruinas del feudalismo no pretendía la organización de una sociedad plural, pese a sus consignas de libertad, igualdad y fraternidad con las que promovió la revolución.

Al contrario, impuso la sustitución de la vieja nobleza terrateniente, por los burgueses de la revolución. La clase en ascenso al poder usó a los pobres para derrocar al feudalismo, pero al mismo tiempo se preparó para aplastar el poder que significaba la movilización y organización de la "chusma", que ellos mismos habían aceptado y hasta promovido en la lucha contra la nobleza feudal.

Al establecerse el nuevo poder en manos de la burguesía, sin embargo, hubo necesidad de armonizar los intereses de las distintas fracciones en las que se organiza el capital. Esta necesidad de armonizar el poder burgués estaba determinado por el peligro que representaban las luchas inter-clase, teniendo en cuenta las pretensiones de las otras clases de arrebatarse el poder.

Así la historia del pluralismo político, entendido éste como la participación de varios partidos políticos en la disputa por el control del aparato estatal, arranca como el derecho político de una sola clase, al lograrse el consenso entre las distintas fracciones de la burguesía para ejercer el poder. Es decir, el pluralismo se manifiesta primeramente como el juego político donde distintas fracciones de una misma clase se reparten el poder, primeramente por medio del reparto amistoso mediado por el poder, y en la medida que la organización

estatal se complicó, utilizando el sufragio limitado a los propietarios.

Más tarde, cuando se convirtió en inevitable, se amplió la participación a otras clases, universalizándose el sufragio. La generalización del sufragio significó así una manifestación de la imposibilidad de conservar el poder burgués, sin tomar en cuenta la opinión de distintas fuerzas políticas que asentaban su existencia en la pequeña burguesía urbana o rural, o en la clase obrera. Esta conquista no fue un arreglo de caballeros entre clases, y estuvo presidida de un período de luchas particularmente violentas, en las que el capital europeo no pudo evitar que los partidos de la clase obrera tuvieran derecho a participar, dentro de las reglas impuestas por el poder de los burgueses del juego político nacional.

O sea, el proletariado, y en general los sectores populares, conquistaron un derecho: tener partidos legales, participar con sus propios candidatos en los parlamentos y hasta la opción de disputar la primera magistratura del Estado. Sin embargo, esta conquista no supuso modificaciones a las reglas que había impuesto la burguesía al organizar el Estado.

En las sociedades capitalistas modernas las clases populares han ido conquistando cada vez un espacio mayor, sin que en ningún caso se pueda afirmar que han modificado en lo fundamental las normas del juego político impuestas por la burguesía.

Los mecanismos democráticos de esta naturaleza se agotaron desde hace muchos años, y son nulas sus posibilidades de dar respuesta a las necesidades de cambio que plantean las clases populares, especialmente los obreros y los campesinos. En los países desarrollados el modelo aún conserva vigencia, especialmente porque el control de la clase obrera y los sectores populares, pasa por darles condiciones de vida relativamente altas, sustentadas en la explotación de los recursos de los países atrasados.

El primer eslabón de este modelo se rompió con el triunfo de la revolución socialista, donde la democracia parlamentaria del capital fue destruida. Se impusieron nuevas formas organi-

zativas de la democracia política, teniendo la burguesía que verse sometida a las reglas del juego que entendían buenas los que antes estaban abajo.

Se inauguró así un modelo (el primero en la Unión Soviética) en que por democracia se entendía el poder de la clase obrera, donde la explotación de la fuerza de trabajo asalariada pasó a ser penada como la expresión del ocio parasitario del sistema capitalista.

Los partidos de la burguesía fueron desapareciendo en la medida que la clase perdía sus medios de producción, y si al principio no se planteó la liquidación de los partidos de izquierda, las contradicciones surgidas entre estos llevó al partido bolchevique, a la cabeza de la revolución, a imponer el poder del Estado para liquidar a los partidos de izquierda y a las propias voces disidentes que surgieron en sus filas.

Las revoluciones socialistas que le sucedieron, optaron en términos políticos por el sistema de partido único, o una variante a éste donde prima un partido vanguardia que basa su hegemonía en el poder del Estado y se rodea de pequeños partidos que no tienen opción a disputarle el poder. La explicación que rodea este modelo se asienta en la concepción de que el partido representa a la clase obrera, que por definición es el partido de la mayoría del pueblo. Para los partidos minoritarios de este modelo no existen mecanismos que les permitan aspirar al poder, y actúan únicamente como órganos de mediación entre el partido del poder y sus representados. Buena parte de las llamadas revoluciones no capitalistas o de liberación nacional han optado por modelos similares al anterior.

Estos modelos han cerrado las puertas a cualquier expresión pluri-partidista de la sociedad. En algunos casos esto ha sucedido porque los partidos han sido tragados por la vorágine de la lucha armada, en otros han optado abiertamente por la contrarrevolución, o simplemente las leyes sólo permiten la existencia de un partido. En muchos casos, el partido único se impone por la inexistencia de este fenómeno político en la sociedad, caso bastante común en las sociedades africanas donde tiene una fuerte connotación el problema étnico.

Experiencias de partido único se dieron por pri-

mera vez en la URSS. En la década del cuarenta surgieron las experiencias de Viet-Nam, China y el Este Europeo. Posteriormente se realizó la revolución Cubana, y más recientemente, entre otras, Siria, Libia, Campuchea, Mozambique, Etiopía, Angola, Irán, El Congo, Burkina Faso, Yemen y Grenada.

Todas ellas por particularidades propias de su experiencia democrática, funcionan bajo el modelo de partido único, o con la variante de partidos sin opción de poder. Este modelo también está hoy seriamente cuestionado. Las particularidades actuales de la lucha contra el imperialismo, el surgimiento de nuevas fuerzas al frente de los procesos revolucionarios, el triunfo de revoluciones en países donde la clase obrera es minoritaria frente al resto de la población, ha planteado la necesidad de arcos más amplios de participación popular, que rechazan los modelos monopartidistas.

El Pluralismo de Izquierda en la Revolución

Pluralismo no es sinónimo de relaciones fraternales o de colaboración entre distintos partidos políticos, aunque tampoco las niega. Creemos

que por pluralismo se debe entender la libertad de existir como partido político con los mismos deberes y derechos que establece para todos el orden jurídico, independiente de la fuerza organizativa con que se cuenta, de la ideología que inspira a la organización y del beneplácito que se tuviera del partido o partidos mayoritarios en la sociedad. Únicamente deben quedar excluidos del derecho a participar en la sociedad como partidos políticos, aquellos que se inspiran en el racismo o que representan a fuerzas que agreden o son hostiles al país y la revolución.

El pluralismo no ha tenido espacio en Nicaragua a lo largo de su vida republicana, ni como expresión jurídica ni como reivindicación política partidaria. Los partidos de la derecha defendieron en el pasado el derecho a su existencia, excluyendo a la izquierda por representar ésta tendencias pro-comunistas.

Por su lado, los programas de los partidos de izquierda en Nicaragua, antes del triunfo revolucionario, se planteaban la construcción de una sociedad socialista, cuya expresión estatal fuera la dictadura del proletariado. Solamente el FSLN, en



Insurrección Popular. Nicaragua, 1979

Foto: Archivo Barricada

su Programa Histórico, no menciona la organización de una dictadura como forma de organización del poder revolucionario. Todos ellos aceptaban, que de una forma u otra, debería pasarse por un período de transición, algo así como una etapa de democracia popular en la que se debían liquidar los restos del capitalismo heredados del viejo régimen, para entrar al socialismo de lleno. En este período de transición se aceptaba la existencia del pluri-partidismo, siempre y cuando representaran fuerzas anti-imperialistas, donde tradicionalmente se ha situado la contradicción principal del pueblo nicaragüense.

La posibilidad de construir el socialismo en medio de un régimen pluripartidista, no llegó a ser defendido por ninguna fuerza política de izquierda durante la lucha contra la dictadura somocista. Ni siquiera los trostkistas lo hicieron, a pesar de que este argumento ha constituido la piedra de toque de su programa histórico mundial.

Estas posiciones de antes de 1979, por demás muy típicas de la izquierda latinoamericana (en crisis desde hace varios años: las posiciones y la izquierda), comenzaron a hacer agua a finales de la dictadura somocista.

El primer planteamiento pluralista de peso que se realizó desde la izquierda en la lucha anti-somocista lo hizo en 1977 la fracción insurreccional (terceristas) del FSLN, cuando llamó a todas las fuerzas antisomocistas y anti-imperialistas para un frente común de Unidad Nacional contra la dictadura. Sin embargo, este llamado difícilmente puede entenderse como dirigido especialmente a la izquierda. Era una consigna para todos los que se quisieran enfrentar a la dictadura.

El segundo llamamiento importante de carácter pluralista, y esta vez dirigido a la izquierda, fue hecho en 1978, cuando a iniciativas del FSLN se forma el Comité Pro-Libertad de los Reos Políticos, que constituiría la base sobre la que se constituyó posteriormente el Movimiento Pueblo Unido (MPU) en julio del mismo año.

El MPU fue el primer gran ensayo nacional de convivencia pluri-partidista en la izquierda, participando partidos, centrales sindicales, organizaciones de mujeres, de barrios, asociaciones estudiantiles y juveniles. Sin embargo, se limitó a las tres tendencias del FSLN, a una fracción del PSN,

(1) posteriormente asimilada por el FSLN, al Partido Comunista, y a los frentes de masas de estos partidos. El resto de la izquierda: MAP-ML, (1) (que en ese momento se llamaba LMR) y el actual PSN (1) no se integraron al MPU, lo que limitó los alcances de la experiencia.

Consumada la victoria el esfuerzo del MPU como experiencia de izquierda se diluyó al salir como fuerza hegemónica del conflicto el FSLN, reunificado y sin fisuras internas (con un respaldo masivo del pueblo sin precedentes en la historia nacional).

Las relaciones en ese momento, entre los partidos de izquierda, se tornaron de competencia y suma desconfianza. Prevalció más el enfrentamiento verbal, las acusaciones mutuas, el uso de la calumnia y la fuerza frente a los partidos rivales (incluyendo la cárcel para quienes disientían), que cualquier tipo de relaciones que tendieran a fortalecer un proyecto al socialismo.

En estas condiciones, en los primeros meses posteriores a la victoria, el planteamiento de Unidad Nacional anti-imperialista se limitó más a establecer una relación de entendimiento con los capitalistas como productores (los no comprometidos con el somocismo), que con los partidos políticos, papel que le tocó asumir al FSLN como fuerza que había tomado el poder.

No se planteaba, sin embargo, un rechazo a las alianzas entre la izquierda o en general con los partidos políticos. Incluso en 1979 se formó a instancias del FSLN la Inter-Sindical, especie de frente sindical que llamó a integrarse en un organismo coordinador a todo el movimiento obrero sindicalizado. Este fue el primer esfuerzo por limar diferencias entre las corrientes de izquierda, a través de sus frentes en el movimiento obrero; pero como señalábamos antes, las relaciones entre la izquierda, en ese momento, estaban aún muy cargadas de tirantez, pesando más las diferencias que las perspectivas de unir fuerzas para avanzar en las transformaciones revolucionarias.

Mucho de este esfuerzo pretendió disolver los partidos de izquierda en el FSLN, lo que no fue aceptado, dado, que como hemos señalado, los partidos de izquierda en este país forjaron su propia

identidad partidaria que no admitía fusiones que destruyeran esta identidad.

Frente a la política de Unidad Nacional, que se manifestaba fundamentalmente a nivel de la organización del Estado, y de la garantía a existir a toda forma de propiedad que no estuviera comprometida con el somocismo, se registró desde el inicio una tensa resistencia popular. Una gran presión exigía golpear la propiedad capitalista, independiente de la vinculación política del propietario. La demanda popular, sin embargo, no cuestionaba la composición del gobierno, y en esto se aisló el resto de la izquierda que sí cuestionaba la composición del aparato estatal. O sea, el pueblo tenía confianza en el FSLN y no le preocupaba la presencia de uno u otro burgués en el Estado, pero consideraba justa la liquidación de la propiedad capitalista.

Frente a la demanda, el FSLN actuó con la responsabilidad de quien está a la cabeza de un proyecto revolucionario anti-imperialista, que en ese momento exigía la reconstrucción de la economía nacional destruida durante la guerra, sin abandonar al mismo tiempo las reivindicaciones populares anti-capitalistas (la economía no podía levantarse solamente a partir de las energías revolucionarias populares, tal como se ha demostrado exhaustivamente en los últimos siete años). Pero la responsabilidad frente al proyecto no implicó un abandono de la demanda popular, de ahí que en todo el proceso de confiscaciones y expropiaciones de los primeros años de la revolución, más allá de los aspectos legales, la presión popular

se encuentra invariablemente encabezada por la militancia sandinista.

Este primer momento de la revolución también está acompañado, como parte de la política de Unidad Nacional, por la libertad popular de organizarse, consigna defendida por toda la izquierda pero encabezada por el FSLN. Los primeros brotes de organización masiva surgieron de las milicias que combatieron a la dictadura, las que se desdoblaron en sindicatos, Comités de Defensa Sandinista (CDS), organización partidaria, organizaciones gremiales, femeninas, juveniles, que constituyen desde el principio el eje pluralista de izquierda alrededor del cual se recomponen las masas.

Se organizaron las comunidades, directamente electos sus representantes en numerosos casos; se tomaron las fábricas, las tierras, las casas de los burgueses, los medios de transporte y otras propiedades de los capitalistas. Las organizaciones de masa recién surgidas asumen las funciones de vigilancia, de organización de la defensa civil, de distribución de víveres y de organización general de la vida cotidiana, participando todos en esta recomposición de las fuerzas populares, sin distinción de su posición política, a excepción de los viejos colaboradores y/o defensores del somocismo y su modelo. El pueblo expresaba así, de forma plural, sus posiciones anti-dictatoriales. En este proceso no participan la burguesía ni los partidos de la derecha y el centro, que ven en este movimiento una amenaza a su existencia.



Junta Receptora de Votos. Nicaragua, noviembre 1984

Foto: Archivo El Nuevo Diario

Ahora bien, el hecho de que se dieran simultáneamente la política de entendimientos entre el gobierno revolucionario y los capitalistas, y la organización popular, hizo naufragar de entrada la posibilidad de que la burguesía pudiera apropiarse de una cuota importante del poder del Estado que fuera suficiente como para apostar a su sobrevivencia como clase en el poder.

La organización popular a la que concurrieron todas las fuerzas de izquierda del país fue vanguardizada por el FSLN que capitalizó, ordenando sus fuerzas partidarias y frentes de masas, su propio esfuerzo de más de veinte años de lucha. El proceso no estuvo exento de confrontaciones entre la izquierda, algunas de ellas fuertes, en la que se impuso el poder hegemónico del FSLN. Pero más allá de esta situación, la organización popular liquidó para siempre las esperanzas que el gran capital había puesto en una normalización de su estatus en la revolución.

Como señalábamos antes, la organización del pueblo fue el escenario donde se perfiló por primera vez post-triunfo el nuevo modelo pluralista de izquierda. Este escenario que discurre sin mediar la formalidad de los aparatos institucionales se ha ampliado, incluyendo hoy los mecanismos de la democracia occidental que se han institucionalizado, de los que la elección presidencial y la Asamblea Nacional son su expresión más acabada.

Siguen siendo, sin embargo, las formas de organización en la base las estructuras de expresión del pluralismo de izquierda, y no los aparatos institucionalizados, con todo y que estos juegan un papel importante dentro del modelo pluralista. La participación en la defensa, los CDS, el sindicalismo, la organización comunal, la movilización popular, la presión organizada y espontánea; ahí discurre el pluralismo.

Un ejemplo de esta realidad es la dependencia del aparato institucional a la presión de las masas. Los decretos y leyes, más que ventilarse en las estructuras formales parlamentarias (sobre todo cuando son objeto de contradicciones en la Unidad Nacional), se le arrancan a éste a partir de la demanda en la base, lo que viene a ser una expresión del pluralismo de izquierda de la revolución que se somete a la decisión de la mayoría, a la vez que se expresa el carácter popular del Estado revolucionario. Lo confirma, a manera de ejem-

plo, el hecho de que las acciones de Reforma Agraria y los cambios en la Ley no surgen de la discusión parlamentaria ni en el Estado, y son impuesto por la acción directa de las bases campesinas.

En la base, continúan registrándose contradicciones. La organización del pueblo se da en medio del enfrentamiento de los partidos de izquierda, en la que menudean las acusaciones mutuas y actos de fuerza, desde el poder del Estado, por las masas y desde los mismos partidos. Estas contradicciones, de las que no tenemos respuesta, nos sugieren algunas preguntas que habrán que resolverse en el futuro inmediato:

¿Cuáles son las posibilidades de sobrevivir del pluralismo de izquierda?

¿El pluralismo de izquierda es una responsabilidad exclusiva del FSLN?

¿Cómo resolver el uso de la fuerza en las relaciones entre la izquierda?

¿Cómo ampliar la imposición de la voluntad popular en las relaciones de los partidos de izquierda?

¿Cómo salirle al paso a las tendencias que consideran que el centralismo democrático se opone al pluralismo de izquierda?

Notas

- (1) — Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)
 - Movimiento de Acción Popular Marxista Leninista (MAP-ML)
 - Partido Comunista de Nicaragua (PCdN)
 - Partido Socialista Nicaragüense (PSN)
 - Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)
- (2) — Partido Conservador Demócrata (PCD)
 - Partido Liberal Independiente (PLI)
 - Partido Popular Social Cristiano (PPSC)
 - Partido Social Demócrata (PSD)
 - Partido Social Cristiano (PSC)
 - Partido Liberal Constitucionalista (PLC)
 - Partido Unionista Centro Americano (PUCA)